



EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjeros.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración...

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR

CONDICIONES

CONDICIONES

LOS ÚLTIMOS TOQUES

Se aproxima el momento de la lucha. Desde el Septentrion al Mediodia y desde el saliente al ocaseo del sol anda todo revuelto.

Los animos estan adormecidos; doquiera surge un meeting y al compas de la ardiente palabra le los oradores estalla á borbotones el entusiasmo de las multitudes.

Lo que aqui se predica es combatido alla; lo que sostienen unos partidarios es combatido por los del bando opuesto; y en esta batalla porfiada por el triunfo de encontradas ideas, chocan las multitudes, no con la saña del combatiente que lucha á sangre y fuego sembrando desolacion y odios; sino en la perversión que engendra en los espíritus la excelencia del propio sentir.

El esno no es nuevo; se repite con harta frecuencia; mas sin beneficio, porque esas luchas porfiadas, las desvirtua la autoridad ó el cacique, que en muchas partes vale y representa mas que el gobernador y el alcalde, é impone condiciones al ministro cuando no al ministro.

No es extraño leer en los periódicos, en vispera de una contienda electoral, que el personaje A ha cedido su distrito al personaje B. La noticia pasa sin levantar protestas; es cosa corriente que no extraña á nadie que suceda así; como tampoco extraña que el que ceda el distrito no cuente con sus electores para hacer el traspaso, ni más ni menos que si se tratara de un mueble ó una finca ó de seres sometidos á la esclavitud, á los que las leyes no les permitieran manifestar su voluntad.

De esa imposición que se hace de los distritos nació el encasillado y de éste se derivan sinnúmero de males, entre ellos esa quietud de lo que se llama masa neutra, con-

duela condenada por todos los políticos, pero que sin embargo, ninguno de ellos quiere renunciar á ella.

Con ese modo de repartir distritos matase el entusiasmo de éstos; porque ¿quien va á luchar con los que disponen de los resortes del poder aunque no dispongan de suficientes votos para ser diputados?

Y aun en eso del encasillado hay distinciones. Que se encasille al Sr. Bugasta por Logroño ó á otros diputados por los puntos en que luchan constantemente y siempre triunfan no tiene nada de particular; esos nombres son indiscutibles y cualquiera que lucha frente á ellos sera derrotado; pero que se encasille á un Juan Garcia á quien nadie conoce, por un distrito ó una circunscripción que no sabria buscar en el mapa de España por que ignora la region que ocupa, es algo nuevo que un político.

Le así viene el diputado cuando el que dice si ó no, como encasillado al ministro; el que ignora las necesidades de sus representantes y alguna vez le buscan para un servicio urgente de turperar la vida el compromiso por sí lo que se pide modesta al Gobierno. Después de todo obra con arreglo á la razón; si el acá se la debe al ministro ¿qué extraño es que solo á éste se muestre agi alecido?

Ahora parece que el cuerpo electoral resucita para destruir de una vez esas costumbres que pugnan con su voluntad; siente hambre de regeneración y se revela contra los caciques que le obligan á hacer tan mal papel. Por eso encuentra el Sr. Gamazo tan ruda resistencia en su feudo; por eso se presenta á luchar los electores en distritos donde hasta ahora nunca se luchó.

Por esta vez habrá rudo combate y en muchos distritos donde los devotos del cacique se llevaban de calle la elección, ésta sera empujada y dará lugar á bastantes sorpresas.

Lo está diciendo á los políticos... continúa de los... con el... con el... con el...

FIERRETAZOS

Eran pocas... y en la calle de la Pasa ha encontrado la guardia algunas figuritas de moneda falsa.

Ya estamos á la altura de la capital andaluza.

Si allí hay unos sevillanos, aquí los hay cartageneros, tan fieles como sus compatriotas.

La verdad es que son buenos para ciertos usos.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

En Coria del Río se ha dado el caso de que un hombre que no tiene caso ni culpa está muy bien pagado con un sueldo de pelitre.

El pago será siempre adelantado, y en metálico ó en letras de fácil curso. Corresponsales en París, A. Loreta rue Cassanin el y J. Jones Canbour...

A las ocho en punto llegaron los carruajes que conducían á las señoras; y al descender la Srta. de Cánovas, un murmullo de admiración, oprimió todas partes.

Habia razón para ello, pues el magnífico traje blanco que vestía y el velo de desposada, realzaba su belleza.

Leída que le fué la epístola de San Pablo, y de recibir la bendición nupcial, los nuevos esposos se retiraron á su habitación.

Muchos de los invitados se retiraron á sus habitaciones, pero algunos se quedaron en el salón.

Entre los invitados, se hallaba el ex-ministro de Instrucción pública Sr. García.

El Sr. García, presidente de la Diputación Provincial D. José Maestro y otras muchas personalidades.

Terminada la fiesta, los nuevos esposos marcharon para la preciosa quinta de recreo que en la Diputación de la Palma posee D. Serafin Cervantes.

Que Dios conceda al nuevo matrimonio todo género de venturas y felicidades.

Reciban nuestra enhorabuena que hacemos extensiva á nuestro amigo D. Diego Cánovas, gerente de la Compañía de Ensayos y Saneamiento de esta ciudad, y á su esposa también amigos y amigos.

Como mueren los poetas

La muerte del joven é inspirado poeta granadino Manuel Bazo, de que han dado cuenta los periódicos de Madrid me ha interesado.

En el templo de las Musas se elevan á cabo muchos sacrificios humanos.

Hasta dar una rápida ojeada por la moderna historia literaria, para convencerse de la verdad casi axiomática de estas palabras.

En general los que Homero designaba con el nombre de *genios*, *versátiles* *poetas*, viven de pena y muere del mismo modo. Su lámpara consume con tal intensidad el aceite de la vida, que no tarda en apagarse.

¿Quién se recuerda al inimitable cantor de *El Diablo Mudo*, que murió á los treinta y siete años?

En Francia no es menor la lista del que pudieramos llamar martirologio poético. Solo citaremos á Musset, muerto á los cuarenta y siete años (1810-1857) y cuya vida en los últimos días fué continua orgía; á Gabriel Viciere, muerto en plena juventud en 1838; á Gerardo de Nerval que se suicidó en 1841; á Víctor Hugo (1802-1875) el inspirado autor de *Corneille*, Jorge Bicez, muerto de repente á los treinta y siete (1838-1875); á Maupassant, cuya poderosa inteligencia apagó la leucemia casi á cumplir los cuarenta años (1850-1897); á Baudelaire, autor de *Fleurs de mal*, muerto á los cuarenta y seis (1821-1867), y por último al rey de los bohemios, Verlaine, que pasó gran parte de su vida en el hospital y falleció á los cincuenta (1845-1896).

De Italia citaremos tan sólo á Hugo Foscolo cantor de los *sepulcros*, que murió de miseria en Londres á los cincuenta años (1778-1828); á Leopardi, el poeta de la desesperación, que no llegó á los cuarenta (1798-1837), y á Giffoni, que murió casi de la misma edad (1800-1850).

En Inglaterra el país de las nieblas y de la melancolía, el número de víctimas es mucho mayor.

UNA BODA

Como estaba anunciado, anoche á las 8 contrae los indisolubles lazos del matrimonio la bella Srta. Bernarda Cánovas, con el joven D. Serafin Cervantes.

Desde las primeras horas de la noche una concurrencia numerosísima ocupaba el consagrado templo de la Capilla, ha-

biéndose imposible de hallar plaza al acceso á él, pues hasta el último momento dicha Capilla se hallaba dispuesta á ocupada.

A las ocho en punto llegaron los carruajes que conducían á las señoras; y al descender la Srta. de Cánovas, un murmullo de admiración, oprimió todas partes.

Habia razón para ello, pues el magnífico traje blanco que vestía y el velo de desposada, realzaba su belleza.

Leída que le fué la epístola de San Pablo, y de recibir la bendición nupcial, los nuevos esposos se retiraron á su habitación.

Muchos de los invitados se retiraron á sus habitaciones, pero algunos se quedaron en el salón.

Entre los invitados, se hallaba el ex-ministro de Instrucción pública Sr. García.

El Sr. García, presidente de la Diputación Provincial D. José Maestro y otras muchas personalidades.

Terminada la fiesta, los nuevos esposos marcharon para la preciosa quinta de recreo que en la Diputación de la Palma posee D. Serafin Cervantes.

Que Dios conceda al nuevo matrimonio todo género de venturas y felicidades.

Reciban nuestra enhorabuena que hacemos extensiva á nuestro amigo D. Diego Cánovas, gerente de la Compañía de Ensayos y Saneamiento de esta ciudad, y á su esposa también amigos y amigos.

Como mueren los poetas

La muerte del joven é inspirado poeta granadino Manuel Bazo, de que han dado cuenta los periódicos de Madrid me ha interesado.

En el templo de las Musas se elevan á cabo muchos sacrificios humanos.

Hasta dar una rápida ojeada por la moderna historia literaria, para convencerse de la verdad casi axiomática de estas palabras.

En general los que Homero designaba con el nombre de *genios*, *versátiles* *poetas*, viven de pena y muere del mismo modo. Su lámpara consume con tal intensidad el aceite de la vida, que no tarda en apagarse.

¿Quién se recuerda al inimitable cantor de *El Diablo Mudo*, que murió á los treinta y siete años?

En Francia no es menor la lista del que pudieramos llamar martirologio poético. Solo citaremos á Musset, muerto á los cuarenta y siete años (1810-1857) y cuya vida en los últimos días fué continua orgía; á Gabriel Viciere, muerto en plena juventud en 1838; á Gerardo de Nerval que se suicidó en 1841; á Víctor Hugo (1802-1875) el inspirado autor de *Corneille*, Jorge Bicez, muerto de repente á los treinta y siete (1838-1875); á Maupassant, cuya poderosa inteligencia apagó la leucemia casi á cumplir los cuarenta años (1850-1897); á Baudelaire, autor de *Fleurs de mal*, muerto á los cuarenta y seis (1821-1867), y por último al rey de los bohemios, Verlaine, que pasó gran parte de su vida en el hospital y falleció á los cincuenta (1845-1896).

De Italia citaremos tan sólo á Hugo Foscolo cantor de los *sepulcros*, que murió de miseria en Londres á los cincuenta años (1778-1828); á Leopardi, el poeta de la desesperación, que no llegó á los cuarenta (1798-1837), y á Giffoni, que murió casi de la misma edad (1800-1850).

—¿Y Maslovsky?
—¿Quién? ¿el búlgaro ó el de caballería de la Guardia?
—¿Cómo se llaman los dos. En mis tiempos, el de la Guardia era un búlgaro redondo salido de la escuela? ¿Y el mayor es capitán?
—Sí, desde hace mucho tiempo.
—¿Está aún con su gitana?
—No, la dejó ya.
Y la conversación prosiguió en aquel tono.
El príncipe Galtzin cantó muy bien una canción búlgara, acompañándose al piano. Práskudin, á quien nadie se lo rogara, le hizo el dúo, y con tal maestría, que le obligaron á repetirla, lo que le envenenó mucho.
Un orlado traje, sobre una bandeja de plata, el té, con crema y ojaldrés.
—Sirve al Príncipe—le dijo Kalugin.
—¿No es extraño—siguió Galtzin bebiendo su taza junto á la ventana—pensar que estamos en una ciudad sitiada, y que tenemos piano y té con crema; todo ello en una casa que me gustaría mucho habitar en Petersburgo?
—Si no tuviéramos siquiera esto—dijo el teniente coronel, hombre ya maduro, siempre descontento—la existencia nos sería intolerable. ¡Esta continúa es-

Concluye de una vez la historia sobre Vaskal Mendel—decía Kalugin, que despojándose de la capa se había sentado junto á la ventana en un sillón bien relleno, mientras se desabrochaba el cuello de su fina camisa de holanda almidonada cuidadosamente.
—¿Cómo se ha vuelto á casar?
—Es curiosísimo, os lo aseguro.
—Por entonces no se hablaba de otra cosa en Petersburgo—respondió riendo el príncipe Galtzin.
Y separándose del piano, junto al cual se había sentado, acercóse á la ventana.
—Es de lo que no hay. Conozco todos los detalles.
Y vivamente, con ingenio y jovialidad, púsose á referir la historia de una intriga amorosa que pasaremos en silencio, dado el poco interés que nos ofrece. Lo que chocaba más en todos los presentes, el uno sentado sobre el alfozar de la ventana, el otro al piano y el tercero sobre un mueble con las piernas recogidas, era que parecían otros hombres completamente distintos de los que antes viéramos en el boulevard. Ni el ceño altivo, ni la ridícula arrogancia aparentada con los oficiales de infantería, ni en familia, ni el estruendo tal como eran, buenos amigos, alegres y simpáticos. La conversación giraba sobre sus compañeros y amigos de Petersburgo.

—Adiós, adiós, adiós!
—Una vieja mujer de marinero, que estaba en el ambra, no pudo menos, como buena mujer, de tomar parte en aquella escena de enternecimiento; frotándose los ojos con la suela manga de su vestido, miró algo á propósito de los años, que también habían de aportar tantos males, y refirió por centésima vez al obito Nikita, cómo ella, la infeliz, quedó viuda, cómo fué muerto su marido en el primer bombardeo y derribada su casa, pues la que habitaba ahora no era de su propiedad. Cuando el capitán se alejó, Nikita encendió su pipa y rogó á la hija de la patrona que fuera á traer su alfilerete, y enjugó bien pronto sus lágrimas, concluyendo por pelearse con la vieja, por causa de un vaso que, según decía, ella, le había roto.
—Aunque puede ser que esto resulte herido—decía Mikailof, al oírlo, acercándose ya al bañante á la cabeza de su compañía.—¿Pero dónde? ¿Aquí ó...
Y se tocaba con el dedo sucesivamente el abdomen ó el pecho.
—Si quisiera fuera aquí—pensaba, señalando la parte superior del muslo—y si la bala no tocara el hueso... ¡Pero si es un casco de granada, se concluyó!